

la parálisis infantil

Por el Dr. A. BUXÓ IZAGUIRRE

ligeros de la enfermedad, que no llegan a producir parálisis, pero que sirven desgraciadamente para aminorar el virus e infectar a otros niños.

Es preciso, pues, conocer la manera de luchar contra esos peligros, teniendo en cuenta, ante todo, que muchas veces en que no pensamos en la posibilidad del contagio, es la vez entonces cuando es aquí que nuestros hijos sean contaminados, si tenemos en cuenta lo dicho anteriormente.

La profilaxis directa actuando sobre el niño enfermo de parálisis infantil, resulta insuficiente y poco eficaz, puesto que su desinfección y su aislamiento no extinguen el foco infeccioso, que persiste en numerosos casos benigno, así como en otros familiares del enfermo adquieren el virus morboso y llevándolo depositado en sus fosas nasales lo distribuyen por doquier al toser, estornudar, etc. De ahí la gran importancia que tiene la desinfección sistemática de las fosas nasales en las personas que rodean al enfermo y en todos los individuos cuando están restringidos, pues si éstos adquieren el virus de la parálisis infantil, lo llevan en ellas depositado y pueden así contaminar a otros individuos, que podrán caer o no enfermos de parálisis infantil, pero que, en caso negativo, pueden también ser vectores del virus. Claro está que los individuos que no están constipados de nariz pueden también albergar y transmitir el citado virus, pero hay que tener en cuenta que normalmente la secreción nasal en los individuos no resfriados tiene poder suficiente para destruir o cuando menos para mantener en estado saprofito (inofensivo) a los microbios. Así, pues, prácticamente resulta suficiente que todas las personas que padezcan catarro nasal se acostumbren a echarse, en las narices un par de veces al día, unas gotas o pomada antisépticas (de argirol, protargol, gomenol, etc.).

Cuando se desarrolle un brote epidémico los médicos aconsejarán la inyección prevenida de suero de convalecientes o de suero antipoliomielítico de mono a los niños no menores de diez años, o cuando menos a los menores de cuatro años, que hubieran tenido relación directa o indirecta con los enfermos.

Si la epidemia fuera importante (como sucedió en Estrasburgo el año 1931), se llegarán a cerrar las escuelas y recomendar que los niños no acudan a ningún lugar donde haya aglomeración (plazas públicas, parques infantiles, cines, etc.).

Las inyecciones de suero de convaleciente o de mono tienen solamente un efecto transitorio, por lo cual se halla en estudio la inmunización activa mediante vacunas específicas o sero-vacunas, las cuales no son aplicables todavía a los niños por realizarse actualmente las experiencias en los monos, faltando eliminar algunos inconvenientes, que es necesario suprimir para garantizar a perpetuidad que los niños vacunados estarían completamente libres del riesgo de adquirir tan terrible enfermedad.

El concepto de profilaxis contra la parálisis infantil no está agotado con lo expuesto, pues si bien es muy importante saber evitar la enfermedad, no lo es menos saber prevenirse contra las múltiples secuelas que puede provocar al cabo de un período de tiempo más o menos largo, que se extiende a veces a varios años. Las familias deben saber que, una vez terminado el período agudo de la enfermedad, durante el cual vigila diariamente el médico, muchas veces es necesario implantar una terapéutica física y ortopédica adecuadas, que por la naturaleza del mal, en los casos más persistentes de parálisis, el médico pierde a la larga el contacto con el enfermo; pues bien; los familiares del niño deben saber que si no obedecen las disposiciones del médico ciegamente y durante todo el tiempo que éste les indique, por largo que sea, pueden sobrevenir al niño deformidades y otras consecuencias desagradables, de difícil corrección «a posteriori» y que en muchas ocasiones se puede evitar su aparición con la práctica de determinados ejercicios ortopédicos. Los que sigan estos consejos lograrán que sus hijos paralíticos queden completamente curados, o, en el peor de los casos, sin los defectos físicos que a la vista de los médicos denuncian acto seguido la negligencia de las familias, con perjuicio de estos infelices niños.